

Reseña de / Book Review of: Rubial García, Antonio y Ramírez Méndez, Jessica, *Ciudad anfibia. México Tenochtitlan en el siglo XVI*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, 2023, ISBN 978-607-30-7256-4, 100 pp.

Martín F. Ríos Saloma

Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México,

México / riosmartin76@gmail.com

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0001-7866-3179>

Quienes habitamos en la Ciudad de México sufrimos cada verano las inundaciones producidas por las intensas lluvias que convierten nuestra urbe en una ciudad caótica. Solo entonces recordamos que la muy noble, leal e imperial ciudad de México, títulos con los que la sociedad novohispana mostraba su orgullo y su sentido de pertenencia a la Monarquía Católica, se asienta sobre los restos de un gigantesco conjunto lacustre desecado por la acción humana, especialmente durante los siglos XIX y XX. La política de contención, encauzamiento y, finalmente, evacuación de las aguas llevada a cabo por las autoridades desde el siglo XVI y hasta el siglo XX bien podría definirse, bajo los parámetros de nuestro tiempo, de auténtico ecocidio. De ese hermoso y complejo sistema lacustre solo quedan, al sur, los canales de Xochimilco, tomados por el lirio, los turistas desorientados y los naturales que buscan diversión entre canciones de mariachi y botellas de tequila, con las ancestrales chinampas como mudos testigos del paso del tiempo. Y al norte, restos del lago de Texcoco, salvado de milagro de la acción humana y los afanes aeroportuarios de la presidencia de la República.

De igual manera, solo las columnas de humo, las cenizas depositadas en los cofres de los vehículos y nuestras casas y las alteraciones sufridas por los usuarios de los aeropuertos como consecuencia de la actividad volcánica nos recuerdan que esta ciudad se extiende a los pies de un eje volcánico y que los habitantes de la extinta cuenca lacustre han sufrido sus consecuencias en más de una ocasión, como ocurrió con Cuicuilco a fines del preclásico. Hoy en día, los rascacielos, los puentes elevados y las vías de circulación rápida con las que los capitalinos hemos querido ganar tiempo y sentirnos modernos, sumados a la intensa contaminación atmosférica, han eliminado de nuestro paisaje visual cotidiano la silueta de los volcanes.

En su hermoso y necesario libro, *Ciudad anfibia. México Tenochtitlan en el siglo XVI*, Jessica Ramírez y Antonio Rubial, auténticos expertos de la historia novohispana de los siglos XVI y XVII, nos recuerdan que las complejas problemáticas ecológicas, sociales, espaciales, demográficas y económicas que enfrenta cotidianamente la Ciudad de México tuvieron su origen en el siglo XVI, cuando el equilibrio establecido en el siglo y medio anterior entre el centro lacustre y la ribera fue alterado como resultado de la acción de los conquistadores castellanos, pero también de las propias comunidades indígenas.

El volumen objeto de estas líneas se inserta dentro del programa institucional llevado a cabo por el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM con el objetivo de difundir los resultados de la investigación histórica entre el público en general, por lo que está exento de notas y aparato crítico, aunque no por ello deja de hacer gala de una gran erudición y un profundo conocimiento de la documentación novohispana (actas del cabildo de la Ciudad de México, crónicas indígenas y castellanas, tanto laicas como religiosas) de la bibliografía clásica y contemporánea y, en fin, de la propia ciudad de México, recorrida por sus autores en múltiples ocasiones con fines didácticos y culturales. El texto está acompañado por numerosos planos de la capital mexicana que muestran de manera sencilla la evolución de la traza urbana al señalar los emplazamientos de los sitios mencionados: conventos, capillas, ermitas, parroquias, edificios civiles y, por supuesto, las calzadas y acequias.

La obra se divide en cinco capítulos que nos llevan de la mano por la historia de la Ciudad de México-Tenochtitlan desde su fundación por los tenochcas a principios del siglo XIV hasta los albores del siglo XVII. El capítulo primero se centra en describir el entorno ecológico y explicar la compleja relación entre los lagos, la zona ribereña y el régimen pluvial, así como el sistema chinampero que sostenía a una población prehispánica que oscilaría entre los 250 000 y 400 000 habitantes, «incluyendo sus alrededores», lo que la convertiría, según nuestros autores, «en la ciudad más poblada del hemisferio occidental» (p. 19) y, decimos nosotros, una de las más pobladas del mundo, junto con Pekín, capital de la dinastía Ming en China.

El segundo capítulo explica el proceso de transformación ocurrido en la antigua capital mexicana tras su conquista por el ejército aliado indo-hispano. Lejos de lo que suele pensarse, la destrucción física de la ciudad de México y la mortandad de sus habitantes, por más dramático que ello fuera para los protagonistas, no significó un final abrupto. Antes bien, los autores subrayan la continuidad entre una y otra etapa gracias al gesto de Cortés que decidió «mantener la sede del antiguo poderío mexicano como capital de la Nueva España debido a su situación insular estratégica, a su capacidad económica y su importancia como centro receptor de tributos» (p. 20). Los autores enfatizan el hecho de que el actual trazado del Centro Histórico no debe llevarnos a equívoco: durante los primeros años posteriores a la conquista la ciudad española se extendió en realidad hacia el occidente, como una forma de garantizar la salida de sus moradores en caso de sublevación. De igual manera, se destaca la importancia que tuvieron en el proceso de reorganización urbana y social los miembros de la nobleza indígena, como Juan Vázquez Tlacotzin o Andrés de Tapia Motelchiuhtzin. Por último analiza pormenorizadamente «el proceso de suplantación paulatina de los antiguos teocalli para venerar a los dioses mesoamericanos con templos cristianos dedicados a los santos» (p. 27), lo que contribuyó a transformar profundamente la fisonomía de la ciudad y a crear una nueva geografía sagrada que no solo sirvió para delimitar la extensión de los barrios y de la propia urbe, sino para incardinar la historia de la Ciudad de México en la historia del cristianismo y de la *salus*, objetivo último de la conquista.

El capítulo tercero se enfoca en analizar la compleja relación entre cuatro actores históricos entre 1530 y 1555, a saber: los conquistadores y sus descendientes, los representantes de la Corona, la nobleza indígena y las órdenes mendicantes, en particular los franciscanos y los dominicos. A partir de las acciones emprendidas por la Segunda Audiencia nuestros autores estudian de manera pormenorizada los distintos conflictos ocurridos en aquellas décadas y que muestran la tensión entre los poderes que se disputaban el espacio urbano, los recursos económicos, la fuerza de trabajo indígena y las almas de los naturales. Estas tensiones no solo eran un reflejo de las profundas transformaciones políticas, sociales y demográficas que se operaban en el seno de la sociedad novohispana, sino que también reproducción las tensiones en todo el imperio entre una Corona que se debatía entre respetar la autonomía de sus distintos reinos como una manera de garantizar su lealtad y fidelidad y la necesidad de controlar tanto a las élites locales como a los funcionarios que gozaban de una enorme libertad y obtener los recursos económicos necesarios para el funcionamiento de un aparato burocrático cada vez más complejo y pesado. La solución finalmente se encontró en la implementación de la figura del virrey como representante directo del monarca. El arribo de don Antonio de Mendoza en 1535, miembro de una de las familias más prominentes de la alta nobleza castellana y con amplia experiencia de gobierno —su padre había sido virrey y capitán general de Granada— se tradujo en una reorganización espacial de la ciudad de México y fue en ese momento cuando, indican Ramírez y Rubial, la plaza mayor se convirtió en el nuevo centro articulador de la ciudad y de sus espacios simbólicos y sociales, mostrando el equilibrio entre el poder episcopal, representado por Zumárraga, el poder de la monarquía, representado por el propio Mendoza, y el poder de la ciudad, representado por el Ayuntamiento. La llegada del virrey también supuso la apertura de nuevas calzadas y mercados y la fundación del Colegio de Tlatelolco para la educación e integración de las élites indígenas, cumpliendo los frailes un importante papel mediador entre las autoridades novohispanas y las comunidades a las que aquellos representaban.

El cuarto capítulo centra su atención un proceso de naturaleza política, religiosa y eclesiástica ocurrido entre 1555 y 1570: la imposición del poder episcopal sobre el conjunto de la sociedad y el desplazamiento tanto de la nobleza indígena como de las órdenes mendicantes que hasta entonces habían sido los protagonistas del proceso de conversión religiosa. El nuevo arzobispo de México Alonso de Montúfar inició su gestión reuniendo al Primer Concilio Provincial no solo para implementar las medidas impuestas por el Concilio de Trento, sino también las reformas impulsadas por Felipe II que consistían, entre otras, en que los indios debían pagar diezmos, medida a la que se oponían los franciscanos y los dominicos. Ello fue el detonante de un largo proceso conocido como secularización de parroquias que se tradujo en la reorganización del entramado a partir del cual se encuadraba a la población indígena, tanto en el ámbito económico y de reparto de la fuerza de trabajo como en el espiritual, así como en una superposición de jurisdicciones entre parroquias y doctrinas. En este mismo capítulo los autores retoman el problema del control de las aguas de los lagos como consecuencia del descuido del dique de Netzahualcóyotl, de las calzadas y puentes, de las acequias que comunicaban la ciudad de México con el entramado lacustre y la ribera y, en fin, del sistema de chinampas, que comenzó a desaparecer paulatinamente. Todos estos factores se conjugaron para que en 1555 la ciudad de México sufriera una de sus primeras inundaciones, la cual, como sabemos, se repetiría en 1629 por razones similares. El cuadro se complementa con el recuento y análisis de la conjuración atribuida a Martín Cortés sus partidarios y la recuperación de los datos demográficos aportados por el visitador Jerónimo de Valderrama: hacia 1570 la ciudad tendría 45335 habitantes indígenas en Tenochtitlan y 30330 en Tlatelolco, en tanto que vivirían en ella 2000 mestizos, 1000 mulatos y 8000 españoles (p. 60). Ciertamente la lengua mayoritaria de nuestra ciudad no era el castellano sino el náhuatl.

El último capítulo se centra en el estudio de las transformaciones operadas en las últimas tres décadas del siglo XVI, las cuales, a decir de los autores «fueron determinantes en la consolidación de los espacios urbanos disputados entre autoridades y corporaciones, proceso que se hizo manifiesto a partir de la renovación de sus edificios y de las fiestas de sus santos» (p. 70). Para entonces, se hacían evidentes tres problemas crónicos de la ciudad que nos acompañan hasta hoy: «las inundaciones y el desabasto de agua potable e insumos», a los que se sumaron las epidemias de 1576 y 1596. En ese contexto, la pugna entre el poder episcopal, representado entonces por Pedro Moya de Contreras y las órdenes mendicantes no hizo sino acrecentarse y la estrategia del arzobispo consistió en apoyarse en las nuevas órdenes como los agustinos, los carmelitas y sobre todo, la Compañía de Jesús. La construcción de la alhóndiga, del acueducto de Chapultepec, del mercado permanente de la playa mayor y el del baratillo, de nuevos conventos, particularmente femeninos para dar cobijo a las hijas de las familias criollas, de los colegios y templos jesuitas y de la nueva catedral, junto con la casi desaparición de las chinampas, reflejo del declive de la nobleza indígena, serían los signos más evidentes de las transformaciones operadas en la ciudad de México en aquellos años.

Tras realizar este recorrido por la historia y la traza de nuestra ciudad en el siglo XVI nuestros autores concluyen que «al cierre del siglo vemos una ciudad compuesta por cuerpos sociales representados tanto en los edificios como en las fiestas y procesiones. Sea de manera perdurable o efímera, las corporaciones se hacían presentes en la disputa de un territorio que se mostraba cada vez menos anfíbio y dual, al transformarse en un espacio mucho más amplio y complejo» (p. 93).

Qué duda cabe de que este libro viene a llenar un importante vacío historiográfico, a pesar de lo mucho que se ha escrito sobre la ciudad de México. Contábamos por supuesto con las descripciones de la ciudad hechas por los propios conquistadores, con los diarios de Vieira, Thomas Cage y Francisco de Ajofrín, con las impresiones de los viajeros tardíos como el propio Humboldt, con el anecdotario sobre las calles de México reunido por Luis González a principios del siglo XX, con los textos de Francisco de la Maza, Rita Valero, Irving Leonard y Antonio Rubial —cuánto disfrutamos su espléndido libro *La plaza, el palacio y el convento* publicado por CONACULTA en 1998— sobre la ciudad barroca y, en fin, con las obras de Serge Gruzinski, Bárbara Mundi y Jessica Ramírez que han analizado los procesos de cambio entre el mundo prehispánico y el orden

novohispano, por citar de memoria tan solo a algunos de los textos más representativos. Pero faltaba, por una parte, la gran síntesis sobre la historia de la Ciudad de México a lo largo del siglo XVI, la cual solo puede hacerse cuando, como es el caso de los autores, existe un amplio conocimiento sobre el tema producto de varias décadas de investigación en los distintos repositorios y bibliotecas, tanto de México como de España. Han hecho así, honor a la colección en la que se inserta el texto «Historia en Breve». Por la otra, hacía falta esa visión más amplia que representa el mapa de Upsala utilizado como motivo iconográfico de la portada del libro. Se trata de una fuente única que muestra, por una parte, la complejidad que la traza urbana había adquirido hacia 1550 como reflejo de las dinámicas establecidas entre los distintos actores históricos. Por la otra, los vínculos de interacción entre la *urbs* —en el sentido romano, es decir, las infraestructuras que constituyen la *civitas*— y el entorno natural sobre el cual se asienta.

Las líneas con las que los autores abren su libro es un recordatorio de que no puede seguir ignorándose la historia de la Ciudad de México y las consecuencias negativas de la acción humana sobre los ecosistemas, so pena de poner en riesgo nuestra propia existencia. Así, el texto no solo es un viaje en el tiempo a través de nuestra hermosa y compleja ciudad sino un aviso, una alerta, que muestra el sentido y la utilidad de la historia pues, como señalan los autores al inicio de su trabajo: «Al igual que los ajolotes y las salamandras que habitaban en el lecho de su impresionante cuenca lacustre, desde sus orígenes a principios del siglo XIV, Tenochtitlan fue una ciudad que vivió entre el agua y la tierra» (p. 9)